

Tres sombreros de copa o «los sueños, sueños son»

***Tres sombreros de copa* de Miguel Mihura.
Dirección de Natalia Menéndez. Teatro María
Guerrero. 5 de Junio del 2019.**

Esther Fernández
Rice University
ef14@rice.edu

Nada es maravilloso, todo tiene su doble cara, se trata de decidir, de saber lo que se quiere. Ese sueño *inverosímil* entra por nuestro poros hasta llegar a la ternura y a una sensación agrídulce de lo que se renuncia. —Natalia Menéndez (Programa de mano)

Si la trama de *Tres sombreros de copa* es un viaje por el mundo de los sueños, la historia de la obra en sí roza, hasta cierto punto, también con lo fantástico. Miguel Mihura (1905-1977) se inspiró para escribir la obra en su experiencia que vivida a los veintisiete años como director artístico de la compañía de *varietés*, Alady. Una vez terminada de escribir en 1932, la deja aparcada sin saber que se había adelantando por dos décadas a la creación de un teatro absudista que Eugene Ionesco y otros escritores europeos revivirán en los cincuenta. *Tres sombreros* vivió por lo tanto enterrada entre los papeles de Mihura hasta que por fin vio la luz en 1952, cuando se estrenó de la mano de Gustavo Pérez Puig para la compañía del Teatro Español Universitario de Madrid con un éxito que su autor nunca hubiera previsto. En ese reparto original estaba el actor Juanjo Menéndez en el papel de Dionisio, padre de Natalia Menéndez, directora de este montaje y a quién le ha dedicado este trabajo.



Fig.1. Elenco de *Tres sombreros de copa* (dir. Natalia Menéndez, 2019).
Fotógrafo: marcosGpunto. Centro Dramático Nacional.

La desidia con la que Mihura abandonó su obra nada más escribirla contrasta con la cuidadosa visión que más adelante tendrá en relación con su puesta en escena. En varios de sus escritos, el dramaturgo hace especial incapié en que la manera correcta de representar la obra es con sencillez, sin exageraciones, para que la esencia del texto pueda surgir de detrás de esa capa de superficialidad espectacular. Irónicamente, el montaje de Menéndez, una gran conocedora del texto de Mihura, es todo menos sencillo y, sin embargo, consigue dejarnos al final ese sabor amargo que induce a la reflexión una vez que salimos del teatro. La superficialidad de este montaje está tan bien hilvanada con la trama—y podríamos incluso decir que resulta tan profunda, por irónico que suene—que el espectador es conciente en todo momento que detrás del andamiaje espectacular del exceso luminoso se esconde un mundo mucho más complejo y vacío que cada uno de los personajes acarrea consigo. Por lo tanto la directora consigue que estos *Tres sombreros de copa* obren su magia con éxito en pleno siglo XXI al negociar desde la escena que el exceso visual que acompaña la trama recaiga en el desenlace en un profundo vacío.



Fig 2. *Tres sombreros de copa* (dir. Natalia Menéndez, 2019).
Fotógrafo: marcosGpunto. Centro Dramático Nacional.

La escenografía de la obra es grandiosa en todos sus aspectos. Si bien estamos ante un modesto cuarto de un hotel de provincias hay algo caricaturesco en las gigantescas dimensiones de los armarios y de las puertas en comparación con la cama del protagonista, la cual funciona a lo largo de toda la representación como un micro escenario para soñar. A esta atmosfera ónirica también contribuyen los colores chillones de las paredes. Existe cierto realismo en la ambientación pero la exageración lo deforma de tal manera que la totalidad del montaje adquiere características de un colorido esperpento.



Fig 3. *Tres sombreros de copa* (dir. Natalia Menéndez, 2019).
Fotógrafo: marcosGpunto. Centro Dramático Nacional.

Los personajes también se acercan al esperpento en la manera en la que son caricaturizados tanto por el dramaturgo en el texto original como por su caracterización en esta puesta en escena, una caricatura que, sin embargo, esconde dolor y frustraciones en todos ellos. En efecto y según va avanzando la trama el espectador se da cuenta que el mundo brillante del music-hall no es más que una industria precaria que explota a sus artistas y a quiénes les rodean.

La directora es consciente que para que la decepción final sea más impactante, lo superficial tiene que mostrarse con todo su esplendor. El vestuario, por ejemplo, basado en los cabarets de los años treinta, no ahorra en lentejuelas, en adornos, ni en plumas. No solo el inocente Dionisio se deja llevar por este glamouro carrousel sino que el propio público también se adentra en la magia irresistible de este show de *varietés*. Es un acierto que la directora introduzca micro números musicales que acercan la obra al musical para envolver al espectador y hacerle participe de primera mano de la misma experiencia que está viviendo el protagonista.

Los distintos personajes que desfilan por este freak show se representan de una manera literal, tal y como los describe Mihura en su obra. No falta nada. Ni los conejos que el Cazador Astuto lleva atados al cinturón, ni el jamón que uno de los personajes menciona, ni los bocadillos que el Odioso Señor ofrece a Paula. Al igual que se escenifican con meticulosidad todos estos detalles que caracterizan la ambientación y a sus personajes, el texto también se mantiene íntegro. Los actores sacan partido de la última línea del autor y lidian a la perfección con su absurdismo, exagerándolo cuando hace falta pero no abusando de un histrionismo gratuito cuando no es necesario.

Hay cuatro actuaciones magistrales que merece la pena recalcar. Don Rosario (Roger Álvarez), el regente del hotel, no es el típico anciano demente que ha perdido la noción del tiempo sino como un hombre maduro, vencido por el peso de la soledad, lo que le hace más patético. Dionisio (Pablo Gómez-Pando) logra transmitir con una gran sinceridad ese carácter



inocente y la ilusión de descubrir por primera vez lo que se esconde detrás de la costumbre y la cotidianidad. Según va avanzando la obra, lo que en un principio podría resultar inverosímil en su forma de ser, se va volviendo más cercano y natural para el espectador. Arturo Querejeta consigue sacar el máximo partido de un desfasado don Sacramento. Justo en el momento cuando se deja sentir el peso del deber ante el cual Dionisio no será capaz de escapar, el don Sacramento de Querejeta nos recuerda lo absurdo de las normas y de las rutinas que seguimos sin cuestionar y de las que todos somos cómplices. Finalmente, hay que mencionar el excepcional trabajo de Laia Manzanares como una Paula que rezuma verosimilitud en un papel muy delicado de interpretar. Paula ha visto y ha vivido mucho para su edad en comparación con Dionisio. Sin embargo, nadie ha podido destruir su inocencia, un regalo único que le ofrece a Dionisio y que gracias a ella este, por primera vez en su vida, consigue romper con las convenciones sociales aunque sea soñando. Paula es un personaje que ilustra una gran gama de matices, a veces, incluso, de manera simultánea: la inocencia y la sabiduría, la alegría y la tristeza, el anhelo de libertad y la más profunda soledad, la complicidad y el desamparo.



Fig. 4. Dionisio (Pablo Gómez-Pando) con Paula (Laia Manzanares).
Tres sombreros de copa (dir. Natalia Menéndez, 2019).
Fotógrafo: marcosGpunto. Centro Dramático Nacional.

No cabe duda de que Menéndez logra que *Tres sombreros* dialogue con el espectador del siglo XXI, sin embargo el solo hecho de estrenar hoy en día esta obra no deja de ser, en mi opinión, un arriesgado acto de malabarismo. En efecto, a un lector actual le resultarán incómodos los comentarios racistas y sexistas que pueblan esta obra. Contemplar abiertamente la explotación de la mujer y los chistes en los que se denigra a Buby por su raza y en los que la palabra «linchar» se menciona de manera desenfadada pueden dar escalofríos. En este sentido, es una obra que, de no ser estudiada previamente, puede resultar ofensiva y sería imposible de estrenarla en un país como los Estados Unidos.



Fig 5. Paula (Laia Manzanares), Dionisio (Pablo Gómez-Pando) y Buby Barton (Malcolm T. Sitté) *Tres sombreros de copa* (dir. Natalia Menéndez, 2019).
Fotógrafo: marcosGpunto. Centro Dramático Nacional.

Ahora bien, limando los chistes más acerbos, la puesta en escena de Menéndez, nos da las pautas para explorar la posibilidad de trasladar la obra al musical. Si bien trasladada a este género, la esencia original se perdería e iría en contra del propósito original del dramaturgo, *Tres sombreros* podría sobrevivir mejor para futuras generaciones aprovechando su contexto festivo, llegando a convertirse en un musical puramente español. No hay

duda que se trata de una obra que yo calificaría de ‘todo terreno’ al haber superado las dudas y desidia del propio dramaturgo, la censura de los años cincuenta y, hoy en día, seguir llenando los patios de butacas y emocionando a un público heterogéneo. Sin embargo, también es un hecho cierto que *Tres sombreros* está cada vez más ausente de los escenarios comerciales y que corre el riesgo de convertirse en una curiosidad del pasado, si no sigue perviviendo en escena. Por esta razón, el montaje de Menéndez, aunque muestra la obra tal y cómo es, como un recordatorio del patrimonio dramático que Mihura nos legó, también nos da la oportunidad de pensar cómo seguir manteniéndola viva como una obra pionera de la literatura española.¹

¹ Quisiera agradecer una vez más a Berta Muñoz Cáliz y al Centro de Documentación de las Artes Escénicas y la Música por su ayuda y apoyo.

